

»tuciones á la par estables y libres, no dejo yo de recono-
 »cer, en perfecto acuerdo con S. M. el emperador de los
 »franceses, cuya gloriosa iniciativa ha hecho posible la
 »regeneracion de vuestra hermosa patria, que la monar-
 »quía no podria ser allí restablecida sobre una base legí-
 »tima y perfectamente sólida, á meros que la nacion toda,
 »expresando libremente su voluntad, quisiera ratificar el
 »voto de la capital. Así, pues, del resultado de los votos de
 »la generalidad del país, es de lo que yo debo hacer de-
 »penden en primer lugar la aceptacion del trono que me
 »es ofrecido.

»Por otra parte, comprendiendo los sagrados deberes de
 »un soberano, preciso es que yo pida en favor del imperio
 »que se trata de reconstituir, las garantías indispensables
 »para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su
 »integridad é independencia.

»En el caso de que esas prendas de un porvenir asegu-
 »rado fuesen obtenidas, y que la eleccion del noble pue-
 »blo mejicano, tomado en su conjunto, recayese sobre mí,
 »fuerte con el asentimiento del augusto jefe de mi familia
 »y confiando en el apoyo del Todopoderoso, estaré dispues-
 »to á aceptar la corona.

»Si la Providencia me llamara á la alta mision civiliza-
 »dora ligada á esa corona, os declaro desde ahora, seño-
 »res, mi firme resolucion de seguir el saludable ejemplo
 »del emperador mi hermano, abriendo al país, por medio
 »de un régimen constitucional, la ancha via del progreso,
 »basado en el órden y la moral, y de sellar con mi jura-
 »mento, luego que aquel vasto territorio sea pacificado,
 »el pacto fundamental con la nacion. Solo así podria ser

»inaugurada una política nueva y verdaderamente nacio-
 »nal, en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos
 »resentimientos, trabajarian en comun para dar á Méjico
 »el puesto eminente que parece estarle destinado entre los
 »pueblos, bajo un gobierno que tenga por principio, hacer
 »prevalecer la equidad en la justicia.

»Tened á bien, señores, dar cuenta á vuestros conciui-
 »dadanos de las determinaciones que acabo de anunciaros
 »con toda franqueza, y provocar las medidas necesarias
 »para consultar á la nacion respecto del gobierno que in-
 »tenta darse.»

En todo el tiempo que duró el acto de la recepcion, un
 pintor, colocado en un punto conveniente, observaba, con
 inteligencia de artista, las diversas actitudes de los perso-
 najes, para presentar hábilmente en un cuadro la escena
 que contemplaba.

En cuanto Maximiliano terminó su discurso, pidió á
 Gutierrez Estrada que le presentase individualmente á to-
 dos los miembros de la comision, y á cada uno le dirigió
 palabras expresivas, dichas con la mayor afabilidad y dul-
 zura. En seguida quiso presentarles á su esposa la archi-
 duquesa Carlota, y al efecto la condujo de un salon inme-
 diato, acompañada de la princesa de d' Auersperg, dama
 de honor de su gran aya la condesa de Lützon.

Era la archiduquesa Carlota, jóven de notable belleza,
 de simpática figura, de régio porte y de fisonomía franca
 y expresiva. En sus grandes y bellos ojos negros brillaba
 la luz de la inteligencia, y en la expresion de su pequeña
 boca, la benevolencia de un corazon purísimo. La des-
 cripcion que de su persona hace Don Ignacio Aguilar y

Marocho en su carta escrita en Trieste, de que ya tengo hecho mencion, no puede ser mas exacta. Yo que la conocí, puedo asegurar que la pintura no puede ser mas parecida al original. «La archiduquesa,» decia aquel individuo de la comision, «es una de esas personas que no pueden describirse, cuya gracia y simpatía, es decir, cuya parte moral no es dable al pintor trasladar al lienzo, ni al fotógrafo al papel. Figúrate una jóven alta, esbelta, llena de salud y de vida y que respira contento y bienestar, elegantísima, pero muy sencillamente vestida; frente pura y despejada; ojos alegres, rasgados y vivos, como los de las mejicanas; boca pequeña y graciosa, labios frescos y encarnados; dentadura blanca y menuda; pecho levantado, cuerpo airoso y en que compiten la soltura y majestad de los movimientos; fisonomía inteligente y espiritual, semblante apacible, bondadoso y risueño, y en que sin embargo hay algo de grave, decoroso y que infunde respeto: figúrate todo esto y mucho mas que esto, y tendrás una remota idea de la princesa Carlota.»

La archiduquesa se acercó, como lo habia hecho su esposo Maximiliano, á los individuos que formaban la comision, y á cada uno de ellos le dirigió la palabra en correcto castellano, hablándole, segun la carrera ó profesion que tenia, tocándole los puntos que mas pudieran halagarle. A Don Joaquin Velazquez de Leon, antiguo ministro de fomento y entonces director general del colegio de Minería, le habló de los adelantos de aquel excelente plantel; á Don Ignacio de Aguilar y Marocho, del dictámen y de los elogios que en su ausencia hicieron de él los señores arzobispos de Méjico y Michoacan, Don Pelagio Antonio de

Labastida y Don Clemente de Jesús Munguía; á Don Antonio Escandon, del camino de hierro que se estaba haciendo de Veracruz á la capital; al Dr. Don Francisco Javier Miranda, de los varones ilustres que la iglesia ha tenido en Méjico; á D. Angel Iglesias y Dominguez, de la esposa del corregidor de Querétaro de ese segundo apellido, que fué la que envió un aviso á los caudillos de la revolucion de 1810, haciéndoles saber que habia sido descubierta la conjuracion, y así á todos los demás; pero todo con un tacto, delicadeza y talento, que revelaban su vasta capacidad y que habia leído detenidamente la historia de Don Lucas Alaman.

1863. Habiéndose retirado luego la archiduquesa
 Octubre. Carlota y su esposo Fernando Maximiliano, la comision regresó á Trieste, quedando dispuesto que volveria á Miramar á las siete de la noche.

Todos los comisionados mejicanos quedaron altamente complacidos del carácter, finura, decoro, ilustracion y grandeza del archiduque y su inteligente compañera. El Dr. D. Francisco Javier Miranda, pintando las impresiones que en su ánimo produjo la presencia de los futuros soberanos y describiendo los hechos, decia en una carta escrita en París doce dias despues de la recepcion, y dirigida á un amigo suyo de Méjico: «He aquí la sencilla relacion del acto de la presentacion: he aquí lo único que se puede describir, porque lo demás que hemos visto, sentido y admirado, es ciertamente indescribible. Por mi parte, amigo, me siento muy débil y sin palabras para retratar las emociones que sentí. Quizás será porque no he vivido entre príncipes ni en palacios, que por eso hi-

»rieran tan fuertemente mi imaginacion la vista del pala-
 »cio de Miramar, y mas todavía los príncipes que allí he
 »conocido y tratado, formando sus nobilísimos caractéres,
 »llenos de amabilidad y dulzura, notable contraste con las
 »glorias de su alcurnia, la magnificencia con que viven,
 »y con todas las grandezas y consideraciones que les ro-
 »dean. Quizá será porque desde que nació solo he visto lá-
 »grimas en los ojos y dolores en el corazon; solo he sido
 »testigo de grandes miserias y bastardas pasiones en los
 »que han tomado á su cargo gobernarnos, conduciéndonos
 »hasta la ruina, que por esto me hubieran cautivado los
 »grandes y heróicos sentimientos de los archiduques,
 »cuando se han resuelto á aceptar por patria la nuestra,
 »cambiando su actual ventura por un porvenir que no ha
 »de estar exento de vicisitudes y aficciones, y que aun-
 »que solo fueran las de ir á reparar ruinas, y á calmar en-
 »conos, eran por sí solas suficientes para hacer desmayar
 »el ánimo mejor templado; y quizás, porque viniendo de
 »Méjico con la memoria cargada de cuadros de horror y
 »desolacion, de crímenes y escándalos, que traen consigo
 »necesariamente sentimientos de humillacion; por esto,
 »digo, que me habian cautivado los generosos deseos, de
 »los que para regenerarnos, poniéndose á la cabeza de
 »nuestra sociedad, tienen que sacrificar su reposo, su al-
 »tísima posicion en Europa, sus arraigadas afecciones y
 »hasta su familia. Esto solo puede hacerse por obra del
 »Altísimo. Jamás olvidaré, que hablándole á la archi-
 »duquesa, en lo privado, del sacrificio que tenia que ha-
 »cer al ir á Méjico, la emocion dolorosa que debió sen-
 »tir su alma noble, procuró ocultarla bajo los colores de

»la felicidad que para el pueblo veia en perspectiva.
 »Menos podré pintar los caractéres particulares de los
 »príncipes. Hábiame sucedido frecuentemente en mi vida,
 »que la grandeza de los hombres, que entre nosotros eran
 »reputados notabilidades, siempre la habia visto rebajarse
 »ante mis ojos en los momentos mismos de conocerlos de
 »cerca y de tratarlos. La imaginacion siempre me habia
 »hecho formarme fantasmas, que se habian desvanecido
 »con la luz de la realidad; pero, confieso á V. que por la
 »primera vez en mi vida en Miramar, la realidad ha su-
 »perado á la imaginacion. Yo tenia formado de los princi-
 »pes un alto concepto, debido á la voz pública y á los
 »informes de los amigos, pero ese concepto no era preci-
 »samente el justo: es preciso conocerlos, es preciso hablar-
 »les, es preciso descubrir los tesoros de virtud, de magnani-
 »midad, de discrecion, de delicadeza y de cuantas buenas
 »cualidades se pueden desear, para apreciar dignamente al
 »príncipe y á la princesa. No se me tenga por exagerado;
 »yo refiero la comprobacion de mis asertos al juicio de las
 »muchas personas que ya están en Méjico, y que han te-
 »nido la dicha de conocer á los archiduques; me refiero á
 »lo que los ojos de todos han de ver. Disimule V. mis di-
 »gresiones, y continuaré la relacion histórica que dejé
 »pendiente.»

1863.

Octubre.

Eran las siete de la noche del mismo dia 3,
 cuando la comision mejicana volvió de Tries-
 te á Miramar, para comer con el archiduque Maximiliano
 y su esposa Carlota. Fué recibida, como lo habia sido en
 la mañana, por los gentiles hombres al llegar los carrua-
 jes al pórtico de entrada, y conducidos á la sala de recep-

cion, donde se hallaba la princesa de Auersperg, en pié, segun costumbre en el palacio establecida, encargada de cumplimentar á los comisionados, en tanto que se presentaban el archiduque y la archiduquesa. Pocos momentos despues se presentaron éstos, sorprendiendo gratamente la vista de los comisionados el aire majestuoso de Carlota y el elegante traje que vestia, y adornada con numerosos y exquisitos brillantes que realzaban su belleza. «Vestia,» dice Don Ignacio Aguilar y Marocho en sus varias veces mencionada carta, «un primoroso traje color de rosa, con una larguísima y régia cola; una corona de flores de liston y gasa del mismo color, sembrada de brillantes, un collar de solitarios de un tamaño fabuloso, y un prendedor y pulseras soberbias, tambien de brillantes.» El Doctor Don Francisco Javier Miranda se expresó en los términos siguientes al tocar el mismo punto: «Se presentó la archiduquesa vestida lujosamente y adornada con innumerables, exquisitos y valiosísimos brillantes: desde la cintura hasta el peinado, puede decirse que era un vivísimo reverbero.»

Despues de haber dirigido ambos cónyuges algunas palabras afectuosas á los individuos de la comision, Maximiliano dió el brazo á su esposa, y saliendo de la sala se dirigió hácia el comedor, seguido de los comisionados mejicanos y de otros personajes notables que habian sido convidados, siéndolo tambien Don Francisco de Paula de Arrangoiz, de quien hacia distinguido aprecio el archiduque. En la mesa se hallaban, además de la comision mejicana y el señor Arrangoiz, Mr. Schertzenlechuer, consejero; el baron de Pout, secretario de Maximiliano;

Monseñor Rachich, abad mitrado, prelado doméstico de Su Santidad y capellan de Miramar; Mr. Radonetz, ayuda de campo de Maximiliano y capitan de fragata; Mr. Herzfeld, capitan de fragata; Mr. Schaffer, teniente de navío; y Mr. Ilek, médico de Maximiliano.

La mesa presentaba un golpe de vista espléndido. El servicio, dice el Dr. Don Francisco Javier Miranda, era «riquísimo, todo de plata, los manjares exquisitos, la servidumbre numerosa, en su mayor parte compuesta de marineros y de otros sirvientes vestidos con libreas fantásticas, el alumbrado, el orden que reinaba en todo; todo, amigo, presentaba una magnificencia régia.»

Durante toda la comida, una música militar de marina, colocada en un salon inmediato, tocó piezas escogidas de las mas celebradas óperas, ejecutadas con admirable maestría. Esta música no era una cosa que se puso por motivo del banquete dado, sino que la habia todos los dias, á la hora de comer. La conversacion de todos los concurrentes fué animada y no fué interrumpida por brindis ninguno, cuya supresion seria, en mi humilde concepto, muy conveniente en todo banquete. Terminada la comida, el archiduque, su esposa y los convidados pasaron á otro salon, para tener un rato de tertulia. Un excelente pianista recorrió á poco las teclas de un magnífico piano que en la pieza habia, y en seguida tocó una preciosa melodía, acompañado del violin, tocado por un notable violinista. Otras varias piezas fueron ejecutadas por ambos artistas durante la tertulia, que fué verdaderamente animada. A las nueve y media de la noche se retiraron el archiduque y su esposa, y á las diez regresó la comision mejicana á